

# La aventura iniciática

FÁTIMA GUTIÉRREZ  
Universidad Autónoma de Barcelona

*"No ver, no sentir más que el instante presente, es ser inmortal".*

Restif de la Bretonne

No es la primera vez que me toca hablar de Iniciación, de Iniciación con mayúsculas, aunque, en este caso la palabra «aventura» parece quitarle solemnidad al término —¡Parece!—.

No es la primera vez que me toca hablar de Iniciación, y, sin embargo, cada vez me cuesta más trabajo...

Siempre llega un momento en el que las teorías se quedan cortas, en que la vida empuja y te exige un constatar por los sentidos, por cada uno de los sentidos... Y del libro has de pasar al mundo, leer el gran libro del mundo, del mundo en armonía que no sabes, que no puedes desvelar y que te apremia.

Quizá, la Iniciación ayude a llevar el peso de tu falta de sosiego. Quizá espante definitivamente tu miedo a lo fugaz, aunque lo siga siendo. Quizá sólo en esto consista esa inmortalidad tan deseada...

Pero, ahora, aquí, llaman a teorizar y no queda más remedio que ordenar un discurso pausado y académico... Teorizar sobre algo, tan poco sujeto a las teorías... En fin, discúlpeme estas líneas, porque el mar las inunda y ni siquiera falta un velero al fondo, y así, llenos los ojos, qué difícil resulta que retornen al libro, al otro libro...

La aventura iniciática... me han impuesto este título y, por una vez, la imposición —en este caso amable— es acertada, porque aventura, si hemos de hacerle caso al diccionario, es un «suceso o un lance extraño, una casualidad, un riesgo o un peligro» nada de ello le es ajeno a la Iniciación, y, si repasamos la etimología —¡siempre tan esclarecedora!—, aventura viene de *advenire*; pero advenir, llegar, ¿a qué? En este

caso el adjetivo, un poco forzado, que completa el título y que nos lleva al sustantivo que yo siempre escribo con mayúscula: Iniciación.

Tengo que dejar de dar rodeos, así que he corrido las cortinas y sólo dejándome intuir el mar... echo mano de un libro que habla de otros mares, desde el título, y me lanzo a la aventura de otro, que llegará a ser un poco mía... y desearía que llegara a ser un poco vuestra...

El libro es *Vendredi ou les limbes du Pacifique* de Michel Tournier y me va a servir para intentar, desde la humildad que requiere el caso, explicar lo que es, o mejor, lo que puede ser, una Iniciación.

Recalar en el fenómeno universal de la Iniciación, ese «motor privilegiado del Imaginario» en palabras de Simone Vierne, como hilo conductor del presente estudio, nos obliga, como paso previo de estricta observancia, a situarlo en su contexto etnológico, dentro del ámbito mágico/religioso que lo genera, máxime cuando en el mundo moderno este concepto se ha visto totalmente relegado al espacio profano, perdiendo gran parte de su carga semántica primera. Así iniciación se ha convertido en sinónimo de instrucción o enseñanza de una ciencia, un arte o una profesión, a un individuo cualquiera. Sin embargo, para las sociedades primitivas este concepto abarca, en el ámbito de lo sagrado, un conjunto de ritos y ceremoniales que permiten el acceso del individuo que a ellos se somete a un Conocimiento superior, a unos misterios sagrados, avocados a desvelarle el camino de la transcendencia.

Podemos explicar esta degradación semántica basándonos en dos razones fundamentales: la primera es el carácter secreto e incluso esotérico que se daba en la antigüedad a ciertos oficios, como, por ejemplo, a los constructores de templos, los alquimistas, los curanderos, los forjadores... Los maestros guardaban celosamente los arcanos de su ciencia, que desvelaban, poco a poco, al aprendiz digno de conocerlos. En el momento en el que estas prácticas pierden su carácter sagrado, también lo pierde, lógicamente, el concepto de iniciación a ellas.

La segunda causa radica en la casi total desaparición de los rituales iniciáticos en el mundo moderno, y, especialmente, en nuestra sociedad occidental, en donde el cristianismo, como religión imperante, en sus distintas manifestaciones, proclama una vía de transcendencia accesible a todo individuo sin excepción, si bien algunos de sus rituales, más de los que parecen y más que lo que parecen, a primera vista, conservan vestigios iniciáticos, en su sentido primero, que es al que vamos a referirnos.

Toda Iniciación, con independencia de las múltiples formas que pueda adoptar, equivale a una radical modificación ontológica que permite el paso gradual del que ha de ser iniciado, del misto, de un «status» considerado inferior a un «status» preferencial que puede ir, según sus diferentes grados, desde una primera toma de contacto con las ceremonias sagradas que atestiguan su condición de adulto hasta la unión mística con la divinidad que confiere al iniciado poderes considerados como sobrenaturales.

Se distinguen tres categorías o grados de Iniciación:

– Las *Tribales*, en las que el misto cierra ritualmente su etapa infantil o adolescente para convertirse en miembro adulto de su tribu o sociedad. A través de ellas, el iniciado entrará, por primera vez, en contacto con las realidades sacras mediante la revelación de los mitos cosmogónicos que constituyen el fundamento religioso de su comunidad.

– Las iniciaciones *heroicas*, mucho más restringidas, son las que permiten la entrada del misto en una «sociedad secreta». Estos ritos inciden, más profundamente que los anteriores, en el tránsito del ámbito de lo profano al ámbito de lo sagrado.

– Finalmente las iniciaciones *mágicas* constituyen el grado supremo y sólo están destinadas a un reducido número de elegidos. Se integran en esta categoría los chamanes, los brujos y los grandes sacerdotes que, siempre dotados de poderes sobrenaturales, dirigen los cultos, presiden las ceremonias sagradas y poseen secretos mágicos que les son directamente revelados por la divinidad.

Estos tres grados iniciáticos, pese a la gran diversidad de ritos que en ellos se integran, guardan una estructura común inalterable: hacer desaparecer la antigua personalidad del individuo para posibilitar su acceso a otra nueva y superior.

Al igual que se distinguen tres grados iniciáticos, cada uno de ellos se descompone, a su vez, en tres fases que deben ser superadas por el misto: la *preparación a la muerte*, la *muerte simbólica* y el *renacimiento*.

– La *preparación a la muerte* implica el establecimiento de un lugar sagrado, la purificación de los catecúmenos y la separación radical de su anterior entorno. Superadas las primeras pruebas, el candidato a la Iniciación ha de enfrentarse a la *muerte simbólica* verificada, según las distintas «liturgias», por tres tipos de rituales: los de *ejecución*, *regreso al estado embrionario* y *descenso a los infiernos y/o subida a los cielos*.

*Todo aquel que es capaz de superar estas pruebas, todo aquel que puede volver de donde nadie vuelve, de donde nunca se vuelve, vuelve necesariamente OTRO.*

En todo ritual iniciático se muere para renacer, lo que no siempre resulta sencillo aunque, en la mayoría de los casos –ya que se trata de la culminación de las pruebas más dramáticas–, el *renacimiento* suele ser venturoso para el iniciado que, en este momento, adopta un nuevo nombre, ya que de un hombre nuevo se trata.

No podemos olvidar que ningún ritual de estas características puede realizarse en absoluta soledad. El Conocimiento o los poderes sagrados que ha adquirido el neófito, meta de las pruebas a las que se ha sometido, proceden de una transmisión. En todos los casos, un iniciado superior será el agente de ésta. El *Maestro de Iniciación* resulta, pues, un personaje imprescindible dentro de esta compleja trama.

Terminada esta breve declaración de principios teóricos, vayamos al «libro».

Poco podía imaginar Alexander Selcraig que la terquedad que le valió el sobrenombre de «Selkirk», y sus continuas disputas con el comandante del barco en el que navegaba, le llevase a pasar cuatro años y cuatro meses en la isla *Más a Tierra* del archipiélago *Juan Fernández*, y con ello, a sentar la base histórica de uno de los mayores mitos culturales de los tres últimos siglos: el de Robinsón Crusoe.

Daniel Defoe –inaugurando su carrera novelística a los sesenta años– recrea, por primera vez, la peripecia del marino escocés, al publicar su famosa novela en 1719, precisamente ocho años después del regreso de Selcraig a Inglaterra. El éxito de la obra provoca una cantidad ingente de hipertextos que conforman un espacio literario tan preciso que llega a la categoría de género: la robinsonada –en 1805 se publica en Alemania una recopilación de títulos de Robinsonadas en cinco volúmenes que se reconoce como bastante incompleta–.

La fuente no se agota llegado el siglo XX, *Suzanne et le Pacifique* de Giraudoux o *Images à Crusoe* de Saint-John Perse son un claro ejemplo de la persistencia del mito cultural al que dio lugar la aventura de Selcraig. Pero quizá el ejemplo más significativo de este nuevo resurgir del tema robinsoniano, en la literatura francesa de nuestros días, sea Michel Tournier y su primera novela publicada *Vendredi ou les limbes du Pacifique*. Esta obra será posteriormente objeto de una refundición para niños *Vendredi ou la vie sauvage* de la que no hablaremos aquí ya que, pierde gran parte de su dimensión mítico/simbólica que es precisamente sobre la que vamos a edificar el presente estudio.

*Vendredi ou les limbes du Pacifique* se estructura en dos niveles, en el nivel de la hipertextualidad –entendida como la relación de la obra con un texto anterior, en este caso el de Daniel Defoe (tan universalmente conocido que nos ahorra el tener que resumir aquí su anecdótica)– y en el nivel mítico/simbólico. Sin embargo, el nivel de la hipertextualidad funciona exclusivamente como pretexto. Tournier conserva de Defoe los nombres de los dos actantes principales: Robinson y Viernes, y los largos años de soledad total en la isla –esto último, constituye la *conditio sine qua non* de toda robinsonada–; pero mientras tanto, en paralelo, va construyendo un universo mítico que termina anulando el espíritu eminentemente pragmático de la obra inglesa. Así, la destrucción del texto como mimesis –como imitación– hipertextual nos llevará a la auténtica creación, a la diégesis, lo que el autor pone de manifiesto desde la primera página de su relato.

Efectivamente, al emprender la lectura de *Vendredi ou les limbes du Pacifique* surge la primera pregunta: ¿Por qué Tournier va a introducir la novela con un pequeño relato de ocho páginas, aparentemente y al menos formalmente separado del resto del discurso –no lleva titulación ninguna, si es considerado como capítulo– que será una anticipación exacta de todas las peripecias a las que se verá sometido el protagonista de la obra?

Este micro-relato va a cubrir dos funciones en el texto, perfectamente imbricadas. La primera tiene un valor de mera ubicación: desde las primeras líneas –en el caso de que el título de la novela plantease alguna duda– el autor nos da a conocer el protagonismo de Robinson Crusoe, al que nos presenta momentos antes de su famoso naufragio –primera gran diferencia con el texto de Defoe que ya ha narrado múltiples aventuras, como, por ejemplo, los viajes a Guinea o al Brasil, su apresamiento por los corsarios, etc.–. La segunda de las funciones del micro-relato ya tiene un claro valor

de obertura simbólica: mientras el Virginia está a punto de naufragar, su capitán, Van Deyssel, predice el futuro de Robinson por medio del Tarot. Todos y cada uno de los arcanos que van apareciendo ante nuestro protagonista durante el transcurso de la tormenta resumirán con meticolosa exactitud las diferentes etapas que habrá de recorrer a lo largo de su camino hacia la inmortalidad en Esperanza, que así se llama la isla. Por falta de tiempo, no nos detendremos en la descripción de la apasionante estructura simbólica que se construye en este micro-relato, destaquemos únicamente que, en un principio, parece carecer de rentabilidad, ya que es lo primero que se nos ofrece, y, en una primera lectura, puede pasar totalmente desapercibido. Su significación, su comprensión dependen de la lectura global de *Vendredi ou les limbes du Pacifique*. No nos encontramos con un cuento con sentido propio que se pueda separar de la novela, sino frente a una anticipación fabulosa y profética de la misma. El por qué de esta prolepsis debe insertarse en la voluntad del autor destinada a alejar al lector del clásico personaje de Defoe, desde la primera línea. Hay que despojar su mentalidad del manido tópico del Robinsón inglés puritano y racional, que muy poco va a tener, en profundidad, que ver con el héroe de Tournier, como intentaremos poner de manifiesto. Y ¿qué mejor manera hay para lograr este propósito que la de situarnos frente a un pequeño relato inaugural en el que los actantes principales sean un consumado taumaturgo –holandés y marino, como «el errante»...– y los mágicos arcanos del Tarot que esgrime?

Pero vayamos definitivamente a la «aventura iniciática» que se nos desvela en *Vendredi ou les limbes du Pacifique*.

El primer problema que se nos plantea es la aparente carencia de un Maestro de Iniciación, durante las dos primeras etapas que Robinson cumple en Esperanza, siendo esta figura, como ya hemos visto, imprescindible en todo ritual iniciático. Aquí también va a entrar en juego, el micro-relato que inaugura la novela del que el Capitán Van Deyssel es, a la vez, generador e hilo conductor. Si sostenemos que, además, cubre la función de Maestro Iniciático, es porque este personaje hace gala de un Conocimiento y unos poderes que podríamos calificar de sacros. El Capitán sabe, y además con rigurosa exactitud, del porvenir de Robinsón, mientras que éste no sólo no alcanza a comprender el significado de sus crípticas palabras, sino que además siente, en todo momento, hacia ellas el miedo ancestral, arquetípico, que se deriva de un primer contacto con manifestaciones que trascienden el ámbito de lo profano.

Pero no sólo el arte adivinatoria que despliega delata el magisterio iniciático del holandés, también la mirada maliciosa del que Sabe frente al que Ignora; su postura «búdica», que recuerda a uno de los más universales conocedores de lo sagrado; su compleción física de Sileno que nos trae los ecos del mítico personaje, semidiós de inmensa sabiduría educador e iniciador de Dionisos a los Grandes Misterios.

No sólo sus palabras proféticas y su apariencia física desvelan su condición, incluso los elementos cósmicos se aúnan para configurar alrededor de la cabeza de Van Deyssel una aureola mágica, son un puñado de estrellas que danzan sobre él.

Robinsón no le da a estos hechos ninguna relevancia aunque se muestre inquieto, su estado es el de todo aquél que no ha sido iniciado, todo le queda por aprender, Van Deyssel no duda en recordárselo.

Lo que acabamos de decir nos afianza en la idea de considerar al capitán como el primer Maestro de Iniciación de Crusoe. El que de hecho, los dos primeros grados iniciáticos, como veremos inmediatamente, se verifiquen en absoluta soledad, no contradice esta primera hipótesis, ya que, una de las características de los rituales de Iniciación de ciertas culturas es el de la soledad absoluta del misto, aunque preexista una preparación a cargo de otros iniciados de «rango superior».

Hecha esta puntualización podemos pasar a describir el primer grado iniciático de Crusoe en *Vendredi ou les limbes du Pacifique*, lo que llamamos, al principio de esta exposición: Iniciación tribal.

A grandes rasgos, los tres lugares comunes que atestiguan el primer paso del camino iniciático –la preparación a la muerte– son: el establecimiento de un lugar sagrado, la purificación y la separación del misto, y se verifican en *Vendredi ou les limbes du Pacifique* con rigurosa exactitud.

La imagen del naufragio implica, en el contexto simbólico que desarrolla la obra, la dicotomía separación/purificación: separación no sólo de la madre y de la tribu, como en los rituales iniciáticos premodernos –dándole a este término el mismo sentido que le da Éliade– sino separación llevada a su punto más extremo, separación total de la humanidad, y también purificación, ya que sólo se naufraga en el elemento acuático, siendo el agua, una materia lustral de los *Upanishads* a la *Biblia* pasando por las tradiciones celtas o romanas.

En cuanto al establecimiento de un lugar sagrado, no cabe duda de que la Isla, tal y como nos es descrita en el texto, desempeña a la perfección este cometido, si bien, por sí misma, esta imagen arquetípica cubre en el terreno simbólico de la Iniciación un lugar privilegiado en comunicación con el más allá.

En la novela, este espacio está absolutamente separado del mundo, no aparece en ninguna carta de navegación. Pero no sólo es significativa su falta de ubicación geográfica –que ya nos habla de neguentropía–, cuando el narrador describe el terreno hace reiterado hincapié en la existencia de una gruta estratégicamente situada en el centro de la isla, siendo el centro el espacio sagrado por excelencia, según Éliade, la abolición del tiempo profano y la inserción en el *illo tempore* mítico están implicados en no importa qué contacto con un centro. Además, la gruta –que cubrirá, como veremos, el espacio íntimo de la profundidad está situada al pie de un macizo rocoso al que se le da el significativo nombre de Caos y junto a ella se eleva un cedro gigantesco que se eleva por encima del macizo rocoso y que, por lo tanto, es el auténtico punto culminante de la isla. Tenemos, pues, aunados en el centro de este espacio privilegiado los esquemas antitéticos de la profundidad y la elevación, y no olvidemos que tanto la gruta como el árbol y la montaña tienen en lo relativo a los ritos iniciáticos una dimensión sagrada, son centros del universo y mediadores con los misterios celestes.

Adelantemos ahora que en el transcurso de la tercera y definitiva iniciación de Crusoe, no sólo la montaña rocosa sino también el cedro caen por el efecto de la explosión, así desaparece el simbólico camino que une el cielo con la tierra, ya que, en este caso, el ámbito de lo trascendente absorbe, en su totalidad, el espacio de lo humano —¿o deberíamos decir de lo profano?—, por lo que ya no son necesarias las ligaduras entre uno y otro universo.

Pero volvamos al camino de la primera Iniciación. Crusoe, separado del mundo, purificado por el agua del mar y depositado en el recinto sagrado de la isla, en un estado de inconsciencia, no sólo se enfrenta a un microuniverso dominado por la presencia continua de la muerte —gaviotas que gimen, peces y crustáceos muertos, montones de árboles podridos...— sino que también es el mismo héroe el que afronta muy simbólica e inconscientemente lo que podríamos definir como ritos clásicos de «mise à mort», como la pérdida de conocimiento —en las sociedades secretas primitivas el acceso al mundo de lo sagrado se verifica por medio de la pérdida de consciencia, inducida por prácticas ascéticas— y la herida que se descubre cuando despierta de este estado de inconsciencia, hecho que pasaría desapercibido si Tournier no lo remarcara, reiterándolo en el breve espacio de 32 líneas, este hecho nos hace recordar que la franc-masonería quema con cera el hombro izquierdo del postulante que pretende acceder al grado de aprendiz, naturalmente la herida de Robinson a la que nos estamos refiriendo, aparece en el hombro izquierdo.

Así mismo, y a la manera de los rituales clásicos, Robinson vive fuera del tiempo que impone el calendario ya que todo rito de Iniciación tiende a reactualizar los mitos cosmogónicos originales, y éstos, recrean, en todos los casos, la ucronía del tiempo de ensueño, en el que se desenvuelven dioses y héroes.

Fuera del espacio y del tiempo de los hombres, rodeado de un paisaje apocalíptico, en una tierra hostil a la que da el primer nombre de Desolación, a Crusoe sólo le ata a la vida el proyecto insensato de la evasión; construye un barco que no puede poner a flote, y esta última decepción le lleva a su primer encuentro con la Muerte Simbólica.

Al igual que Lucio es convertido en asno en una de las primeras novelas iniciáticas que se conocen *El asno de oro* de Apuleyo, Robinsón, en esta etapa de su camino sagrado, se ve reducido al estado animal. Esta regresión a lo infrahumano no sólo se afirma en la desnudez y en el total abandono, que hace de su cuerpo y de su rostro una masa irreconocible de pelo y costras formadas por sus propios excrementos, sino fundamentalmente en la pérdida de uno de los reflejos dominantes, precisamente el que define a la especie *Homo Sapiens*: la verticalidad. Con esta pérdida, Robinson cae física y simbólicamente. Al no poder mantenerse erguido, se sirve de sus manos, convertidas en muñones informes, para cualquier desplazamiento dentro del cenagal en el que vive. Sólo la ciénaga puede librarle del peso inútil de su cuerpo, y es en ella donde se desarrolla un auténtico descenso a los infiernos.

El agua ambivalente de la ciénaga es, en un primer momento, cálida y acogedora —amniótica—, anula un presente doloroso y un futuro incierto, haciendo únicamente

vivo, en la imaginación del héroe, el recuerdo feliz de la infancia. Pero este grato momento de suspensión entre la vida —en la que sólo cuenta el presente como actualizador *hic et nunc* de recuerdos— y la muerte —entendida como manifestación permanente de los mismos— que provocan los vapores del pantano, cambia totalmente de signo en el instante en el que Robinson entra en contacto directo con el Hades, al presentarse ante él la imagen de su hermana, muerta mucho tiempo atrás. Para ir en su busca, escapa del cieno y despierta precipitadamente a la consciencia. Asumiendo la peligrosidad y la magnitud de la prueba que le ha llevado al mundo de los muertos, se propone no volver más a las aguas pantanosas que corresponden a la primera epifanía manifiesta de la muerte simbólica de Robinsón en *Vendredi ou les limbes du Pacifique*.

La primera Iniciación se verifica por medio del elemento acuático. Robinson, en un principio, concibe como única vía de salvación el mar, y, al no poder poner a flote el barco que ha construido para huir de la isla, intenta la fuga, al menos psicológica, introduciéndose en las aguas negras del pantano que, como una droga, le desatan de su realidad. Esta fascinación por el elemento acuático le hace rechazar obsesivamente la tierra.

Por otro lado, el fuego y el aire sólo desarrollan imágenes valorizadas negativamente: teme ser abrasado por los rayos del sol y, durante una alucinación, prende fuego al eucalipto que era su única esperanza de atraer hacia la isla cualquier barco que se acercara a sus costas. Mientras, el aire está poblado de gaviotas que gimen o de buitres. Así que aire, fuego y tierra le preparan a la muerte. Sin embargo, es el agua el elemento por el que se consuma su verdadero viaje iniciático al más allá, pero, es de todos conocido que el agua es un elemento ambivalente; el agua de muerte se convertirá en agua de resurrección, y Crusoe, en el momento en que logra volver al mundo de los vivos, vuelve ya renovado: su ser ha sufrido una primera metamorfosis, el reino acuático deja de tener vigencia, para dejar paso al advenimiento del reino telúrico, centrado en la isla que, de ahora en adelante, llevará el nombre de Esperanza.

Después de este primer renacimiento, Robinson emprende, con minuciosidad febril, el trabajo de domesticación de la isla. Construye, ara, siembra, cultiva, reúne y cría ganado, a la manera de su homónimo inglés del XVIII. Ha pasado, como en la gran mayoría de las culturas, del estadio primitivo de la recogida de los frutos espontáneos de la tierra, y de la caza, al más avanzado de la agricultura y el pastoreo, hasta convertirse en gobernador y legislador, reviviendo así, en poco tiempo, no sólo las etapas históricas de la humanidad, sino también los oficios primordiales que la sustentan. Durante este período, comienza a redactar su *log-book*, dominado por la especial filosofía que va aprendiendo de Esperanza.

Entre estos múltiples oficios, no se olvida del sacerdotal: construye un templo en el que, cada domingo, a las diez, habrá de leer solemnemente las Sagradas Escrituras.

Robinson Crusoe, primitivo y civilizado, agricultor, pastor, arquitecto, escritor, filósofo y sacerdote, vuelve, sin embargo, ritualmente a la tentación del cieno, cada vez que cae en la desesperanza.



El légalano sigue representando la muerte, pero, en esta nueva etapa de su búsqueda iniciática, el cieno es la muerte espiritual asimilada a la idea de pecado, ya que, ahora, guiado por la lectura continua de la Biblia, los conceptos antagónicos de vicio y virtud entran por primera vez en su conciencia. Y es precisamente la conciencia de pecado la que aleja definitivamente a Robinson del cenagal, del caos primordial, haciendo desde entonces imperar en su universo un orden, unas leyes, lo que constituye, según Simone Vierne, la meta principal de las Iniciaciones de primer grado donde el orden social y el orden universal están estrechamente unidos, en lo que se refiere a las culturas primigenias.

Pero Crusoe necesita volver ritualmente a las fuentes de lo humano, renovando la experiencia de su primera iniciación, y ya que su conciencia y las leyes que ésta genera le prohíben la vuelta al cieno, da al gesto de su primera panificación este preciso significado ritual. La analogía entre la masa del pan y el lodo donde se combinan a la perfección los símbolos del agua y la tierra, en elementos, a la vez —cito textualmente— «materiales y espirituales» resulta evidente.

Finalizado el rito de la panificación, y, con él, la segunda etapa de su metamorfosis, Robinsón empieza a entrever, la dimensión iniciática de su aventura. Sabe que, en él, se está desarrollando un hombre nuevo aunque aún no puede intuir cuál será la auténtica meta de su camino. Así se inaugura su segundo grado de Iniciación.

Durante el período de ordenación y domesticación de Esperanza, Robinsón fabrica una clepsidra que le permite medir el paso del tiempo; pero todos los avances de tipo material que ha logrado, la creación de una sociedad ilusoriamente jerarquizada y legislada por y para un solo individuo, no terminan de hacer de él el hombre nuevo que, en su interior se está forjando. El avance ha de ser, por lo tanto, de índole espiritual, y esta será la meta de las nuevas pruebas a las que va a ser sometido.

Encontramos los primeros indicios de la Iniciación heroica poco antes de la decisión de Crusoe que detiene la marcha de la clepsidra. En uno de sus recorridos por la isla, descubre unas dunas que emiten un extraño sonido; él mismo lo identifica como «una especie de mugido profundo, abisal y como telúrico que lo heló de horror». Encontramos aquí la definición perfecta del *bull-roarer*, el instrumento mágico que, imitando el mugido del toro, precede, en las sociedades premodernas a los rituales de muerte iniciática. En el caso de *Vendredi ou les limbes du Pacifique*, el fin de este mugido abisal es idéntico al que persiguen las culturas primitivas: provocar en el misto el pavor ante la manifestación inmediata de una presencia sagrada. En los ritos ancestrales el *bull-roarer* es manejado por otros iniciados —lo que, por supuesto, el misto desconoce—, en la obra que nos ocupa, esta manifestación de fuerzas desconocidas surge directamente de la tierra, afirmando su sacralización, desde este momento Esperanza empieza a mostrar su dimensión hierofánica.

En el rugir de las dunas se verifica una prueba de preparación a la muerte. Pero el acontecimiento que marca definitivamente la metamorfosis de la isla es la detención de la clepsidra. Desde que Robinsón comenzó su tarea ordenadora, el tiempo se convirtió en un fenómeno real, contrariamente a la ucronía que dominaba en el caos

del cenagal, pero en el momento en el que la clepsidra se detiene, el tiempo se suspende y es entonces cuando el héroe empieza a ser consciente de una nueva dimensión de Esperanza, si bien no en toda su magnitud.

La desaparición del tiempo provoca lo que Robinsón define como «un momento de inocencia», es decir, un momento libre de culpa, o lo que equivale, en el ámbito de la Iniciación al estado de pureza que debe ser alcanzado necesariamente por el misto, antes de poder enfrentarse con el viaje al más allá.

Al igual que, antes de su inmersión en el lodo, el héroe había sufrido un radical cambio físico –regresión al estadio animal–, antes de introducirse en la gruta sufre un nuevo cambio, pero esta vez, de orden espiritual: un ser desencarnado observa las evoluciones de un individuo llamado Robinsón Crusoe. Se verifica un desdoblamiento entre materia –su propio cuerpo– y espíritu, el yo profundo a la búsqueda de una identidad que hace que Robinsón se conciba como un «yo volador que va a posarse bien sobre el hombre, bien sobre la isla y que hace de mí el uno o la otra». Es esta identificación con la isla la que le llevará a explorar su intimidad más profunda: la gruta, cuya única función, hasta ahora, había sido la de guardar sus ilusorios tesoros materiales y que se carga de una nueva significación en el momento en el que Crusoe empieza a concebirla como un ser vivo de naturaleza femenina y maternal. Entonces se inaugura el segundo viaje al más allá, pero, a diferencia del que se desarrollaba en el barro, esta vez, con plena conciencia del carácter trascendente del mismo.

El silencio, la vigilia y el ayuno, tres prácticas fundamentales de purificación antes del encuentro definitivo del misto con la prueba suprema, acompañan el corto viaje del héroe al seno de Esperanza, *Terra Mater*, *Petra Genitrix*, que, con la forma y las cualidades de la matriz femenina, acoge a un Robinsón que, desnudo y bañado en leche, vuelve a perder la noción del tiempo «suspendido en una eternidad feliz». Tenemos aquí, claramente esencializado el rito de *regressus ad uterum*, reiterándose, en el texto, las imágenes maternas. De la misma manera que los vapores alucinógenos del cieno rememoraban el recuerdo mórbido de la hermana de Robinsón, las tinieblas gratificantes de la gruta le devuelven el recuerdo acogedor de la madre.

Pero el héroe es arrebatado a este período de inexistencia, en el momento en el que las tinieblas cambian radicalmente de signo y se vuelven blancas. El momento crucial de la iluminación –en su sentido místico– se ha cumplido; vuelven a barajarse en la mente de Robinsón, las imágenes, ahora estrechamente unidas, de la cuna y el sepulcro. El seno cálido de Esperanza puede convertirse en *vagina dentata* que devore al que, antes, acogió, y, consciente del peligro, el héroe emerge renovado a la superficie de la isla y, contrariamente a lo acaecido en el primer viaje, «ni anquilosado ni debilitado sino más bien ligero y como espiritualizado». Si bien esta vuelta a la vida puede calificarse, desde el punto de vista iniciático, como de salida peligrosa, ya que el sol le ciega y se enfrenta desnudo a vientos y zarzas.

Aunque el primer gesto de Robinsón, después de renacer de la gruta, sea el de poner de nuevo en marcha la clepsidra, renovará esta fase de su Iniciación, regresan-

do ritualmente al seno de Esperanza, hasta el momento en el que consuma un acto, involuntario, de incesto con la Tierra Madre.

Tampoco este hecho es independiente de los rituales clásicos de Iniciación, especialmente en lo que se refiere a la tradición alquímica occidental. El misto no sólo debe volver al seno de la madre sino cohabitar con ella. En este sentido Èliade cita a Paracelso: «El que quiera entrar en el reino de Dios debe primero entrar con su cuerpo en su madre y allí morir» y a Delphinus: "*cum filio ex necessitate natura conjungenda*". En el contexto del Opus Magnum, la madre simboliza la materia prima, la naturaleza en su estado primordial, y el incesto representa la disolución en la misma, es decir, la disolución del individuo, reducido al estado seminal de su existencia.

Después de esta vuelta íntegra *ad originem*, Robinsón prosigue su aventura transcendental, consciente de la profunda renovación que, en él, se ha efectuado.

La primera gran variante que se genera en el Crusoe nacido de las entrañas de la tierra se afirma en una nueva concepción de su tarea organizadora; la administración de Esperanza deja de ser un fin en sí misma —como en el caso del Robinsón de Defoe— para convertirse en el único medio de salvaguarda de un ser que, ya intuyendo su definitiva metamorfosis, aún no llega a alcanzarla. Así, la isla administrada no es más que la crisálida de la que tarde o temprano surgirá el hombre nuevo.

De la misma manera que el ser profundo de Robinsón lucha entre el perfecto organizador que ha sido y el hombre renovado que aún no ha llegado al apogeo de su metamorfosis, pero que ya encuentra «vana y loca» la empresa civilizadora que, hasta ahora, había sido su única perspectiva de supervivencia, la misma Esperanza se debate entre la «isla administrada» y «la otra isla», es decir, la isla sagrada.

Mientras, sigue regresando ritualmente a los orígenes, pero, esta vez, por medio de la sexualidad, redescubierta durante este segundo ciclo iniciático. El héroe observa las prácticas amorosas de los seres vivos que le rodean, y emprende lo que él mismo llama «vía vegetal», nuevo fracaso que le hace contraer lo que él entiende como una enfermedad venérea y le priva definitivamente de este recurso.

Vemos, pues, cómo a los conceptos de vida y muerte, que han determinado, hasta este momento la aventura de Crusoe, viene a unirse el del sexo.

Y así llegamos a lo que se denomina en los rituales iniciáticos, el tercer grado: la Iniciación mágica.

Esperanza, fiel a su naturaleza femenina, pasa de ser madre a convertirse en la esposa de Robinsón, consolidándose así lo que podemos definir como una hierogamia. El héroe se ha ido paulatinamente deshumanizando —deshumanización que se afirma de una manera determinante en el momento en el que su barba hecha raíces en la tierra— para acceder a una sacralización por medio de su nuevo vínculo con Esperanza.

La unión carnal con la isla no deja de ser una prueba ritual de preparación a la muerte. La afirmación de la sexualidad en el héroe, vuelve a actualizar en su conciencia el concepto de muerte, por medio de la estrecha connivencia entre Tánatos y Eros:

«he cavado mi tumba con mi sexo y he muerto de esta muerte pasajera que es la voluptuosidad».

Pero, a su vez, esta hierogamia no sólo es bendecida por la Biblia, desarrollándose por medio de su lectura —concretamente la del *Cantar de los cantares*— un auténtico diálogo entre Robinsón y Esperanza, sino también por el fruto mágico de estos amores: las mandrágoras que nacen en la cañada donde Robinsón ama a Esperanza.

En el curso de estos últimos acontecimientos entra, por primera vez, en escena, Viernes, el mestizo araucano que se convertirá en el segundo y definitivo Maestro de Iniciación del, hasta ahora, solitario de Esperanza y le guiará durante esta última etapa de su aventura sagrada. Pero Robinsón está aún muy lejos de considerarle como tal, dominado todavía por su condición profana, que se agudiza con la llegada del mestizo, al que salva involuntariamente de morir. El disparo de Robinsón iba realmente dirigido a Viernes y es un movimiento brusco del perro de Robinsón de Tenn el que desvía el curso de la bala y hace caer a uno de los indios que persiguen a Viernes en el momento en el que huye de la muerte a la que había sido condenado por un ritual araucano; así que es un hecho aparentemente fortuito el que salva a Viernes por dos veces de la muerte, atestiguando así su naturaleza sagrada.

Con la llegada del indio, Crusoe parece encontrar la justificación de los logros materiales y las ilusorias ganancias que hasta ahora había venido atesorando, y que le posibilitan jerarquizar su recién ampliada sociedad, convirtiendo a Viernes en su dócil esclavo. Pero éste lleva, en los momentos de descanso que le permiten las inútiles y hasta vejatorias tareas que le impone Robinsón, una vida secreta a espaldas del inglés y fuera del orden impuesto por éste, construyendo en paralelo a la isla administrada «un universo secreto del que Robinsón no tenía la llave».

Este universo está poblado de objetos simbólicos que desvelan tanto la naturaleza aérea de Viernes —como, por ejemplo, la cerbatana, cuyo simbolismo se une al de la flecha, la hamaca en la que duerme, suspendido, por lo tanto, en el aire, entre el cielo y la tierra, los cadáveres disecados de pájaros o las plumas—, sino también su dimensión mágica, afirmada, en los árboles que vuelve a plantar, invirtiéndolos, árboles cósmicos, manifestaciones de la *aeterna renovatio* y de la negación de la muerte.

La naturaleza, semisalvaje para Robinsón, sagrada en profundidad, del mestizo va minando el orden de la isla administrada, mientras que el descubrimiento de mandrágoras rayadas da fin a la unión de Crusoe y Esperanza. Este último fracaso hace intuir en el héroe, no sólo el advenimiento de una nueva era sino también el descubrimiento de una dimensión, hasta ahora para él desconocida en Viernes. Así se da fin al período telúrico y comienza el Reino Solar.

Para acceder plenamente a su definitiva metamorfosis, todo rastro profano tiene que desaparecer. Robinsón ha de morir a su anterior existencia, lo que hace posible la ligereza, la inocencia sagrada de Viernes que provoca la explosión que aniquila la isla administrada, la isla profana.

Si bien, inmediatamente después de la explosión, aún no se ha verificado el cambio definitivo de Crusoe.

La caída del gran cedro situado a la entrada de la gruta –de la que ha partido la explosión– y que deja de ser el camino que unía los ámbitos antagónicos de lo sagrado y lo profano, al desaparecer toda traza del segundo, afirma definitivamente el advenimiento del Reino Solar y la consiguiente y total metamorfosis de Crusoe, cuya primera manifestación es la de dar la libertad a Viernes, que ya ha dejado de ser esclavo para convertirse en iniciador y, como tal, ser aceptado por el inglés.

Pero la modificación más espectacular no radica exclusivamente en un profundo cambio en el comportamiento del héroe, sino en una mutación de carácter puramente físico, ya que Robinsón hace desaparecer su barba –la que durante su iniciación telúrica había echado raíces en Esperanza– dejando, por el contrario, crecer su cabello rubio, en dirección al sol, mientras que observa en sí mismo, un súbito rejuvenecer, prueba indiscutible de su definitiva esencial inmortal. No teme ya exponerse a los rayos del sol sin protección y descubre la desnudez primordial de signo totalmente contrario a la desnudez animal mostrada en las aguas negras de la ciénaga.

Cumplida esta última prueba iniciática, que, de la mano del aéreo Viernes, puede ser calificada de viaje al cielo, Robinsón culminará su metamorfosis, siempre guiado por el araucano, haciéndose acreedor a los secretos de la magia.

El héroe, superada la tercera prueba y, por lo tanto, digno ya Conocimiento Sagrado de los arcanos únicamente alcanzables por medio de la Iniciación mágica, participa de ellos con los significativos «juegos simbólicos» que Viernes pone en práctica. A este respecto el episodio más esclarecedor de *Vendredi ou les limbes du Pacifique* es el de la muerte ritual de Andoar.

Los despojos del, en vida, monstruo telúrico, se transforman, en muerte, gracias a las manipulaciones del araucano, en ancestro totémico, poseedor y transmisor de los arcanos de la inmortalidad, actualizados en el vuelo –el pájaro de oro– y la música –el arpa eolia–.

La facultad del vuelo implica en sí misma una de las dimensiones más esotéricas del tercer grado de Iniciación, reservada, en exclusiva, a los chamanes. A esta valoración simbólica/transcendente de los despojos de Andoar viene a unirse su materia también simbólica, el oro, meta de la alquimia, en la que la transmutación representa la perfección eterna, es decir, la Iniciación.

A su vez, *conditio sine qua non* de esta búsqueda de la inmortalidad es, lógicamente, la total suspensión del concepto de tiempo –la muerte es inseparable del tiempo y viceversa, la desaparición de uno implica necesariamente la de la otra– y esta suspensión, en la novela, vendrá por el camino de la música elemental e instantánea que se desprende de la cabeza de Andoar, convertida en arpa eolia. No olvidemos a este respecto que Tournier no sólo se refiere en este episodio a Andoar, sino que éste es el doblete simbólico del mismo Robinsón: «Andoar era yo». Esta afirmación es el fruto del Conocimiento alcanzado gracias a la Iluminación definitiva, a la culminación del proceso iniciático que hace del Robinsón Crusoe de *Vendredi ou les Limbes du Pacifique* un Inmortal Caballero Solar, investido de esta dignidad por el mismo sol, en lo que el autor define como los «fastos de la heliofanía», ceremonia sagrada

que, a imagen y semejanza de los rituales caballerescos de la Edad Media, bendice, purifica y unge a Robinsón, confirmando su esencia sobrenatural y elevando a la categoría de Rey Solar al que en tiempos había ostentado, ilusoriamente, el título de Gobernador de Esperanza.

A partir de este momento, el grado de deshumanización de Crusoe es de signo positivo, ya que no es caída en la animalidad, sino ascenso hacia una sacralización, y tiene su última consecuencia en el desarrollo solar de su sexualidad que él mismo define como circular, siendo la circularidad, como ya hemos visto, símbolo de perfección.

Los «amores uranianos» están definidos en el texto por medio de la significativa imagen del Ouróboros, la serpiente o el dragón que se muerde la cola, el más antiguo símbolo iconográfico de la alquimia, culminación del Opus Magnum, y ser primordial hermafrodita –no olvidemos que Robinsón se concibe como el elemento femenino en sus actos de amor con el sol– en el que se verifica a la perfección la *coincidentia oppositorum* alquímica.

En estos amores no cabe la muerte en la voluptuosidad, como en los casos de las sucesivas uniones que ha venido realizando en la segunda parte de la novela, el desflecimiento *post-coitum* cambia radicalmente de valoración para convertirse en un impulso vital, en pura energía.

Y vayamos ya al epílogo. Hasta ahora se han cumplido a la perfección los tres grados iniciáticos completos, pero la novela no se cierra con la apoteosis solar de Robinsón Crusoe. El epílogo lógico de una Iniciación que ha alcanzado su grado máximo sería el de integrar al héroe en la comunidad humana a fin de transmitir, a los miembros que sean dignos de asimilarlo, el Conocimiento Sagrado. Al héroe de *Vendredi ou les limbes du Pacifique* se le ofrece esta posibilidad de reinserción con la llegada del *Whitebird* a las costas de Esperanza, pero ya el significativo apellido del capitán del velero inglés –Hunter– y su procedencia –Blackpool– presagian un desenlace en desacuerdo con uno de los fines clásicos de la Iniciación: la transmisión de los saberes alcanzados.

La violenta irrupción del mundo de lo profano –de la «charca negra» de la Civilización–, mezquino, brutal e ignorante –representado por el equipaje del navío al mando de un «cazador»– en el templo de Esperanza, amenaza con destruir toda la transcendencia alcanzada por el héroe.

La huida de Viernes, seducido por la engañosa forma aérea del velero, envejece súbitamente a Robinsón, que ha escogido la isla, y le empuja a buscar la muerte. Pero el que ya ha alcanzado la inmortalidad no puede sustraerse a ella y la inesperada aparición del grumete del *Whitebird* hace que Robinsón vuelva a encontrar su eterna juventud. Solo la inocencia, encarnada en la infancia, es digna de Conocimiento. Sólo la infancia se puede salvar de un mundo desacralizado en el que ni los héroes ni los dioses tienen ya cabida.

Ya puedo descubrir las cortinas y vuelvo a mi mar –después de esto me reconforta que no haya un velero en el horizonte– no es el Pacífico, pero también invita a la aventura ¿iniciática?...